

**“Guerra a la guerra”: comunismo, antiimperialismo
y reformismo universitario durante la contienda del Chaco¹**

Pablo Stefanoni²

(Centro de Historia Intelectual /UNQ-
Universidad de Buenos Aires)

Resumen:

La guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935) no sólo fue un momento de inflexión en la historia de Bolivia. También congregó –desde exterior– una serie de acciones que buscaron frenar la matanza entre dos pueblos latinoamericanos. En este artículo nos ocupamos de los movimientos antibélicos impulsados por la Internacional Comunista durante el llamado “Tercer periodo” y ponemos de relieve las redes desde las cuales se luchó para transformar la guerra en revolución. En ese marco, merece especial atención el Congreso Antigerrero de Montevideo de 1933 y una serie de revistas y acciones desplegadas desde la ciudad argentina de Córdoba, donde exiliados radicales bolivianos y viejos reformistas universitarios argentinos actuaron en común contra la guerra, en paralelo a la emergencia de movimientos antiguerreros filocomunistas en Europa contra la amenaza de una contienda mundial.

Abstract:

The Chaco War between Bolivia and Paraguay (1932-1935) was not only a turning point in Bolivian history; it brought together a series of actions outside the country that sought to halt the massacre involving two Latin American people. In this article, I deal with the anti-war movements promoted by the Communist International during its so-called “Third Period” and bring to light the networks they used in their struggle to transform the war into revolution. Within this framework, special attention is given to the 1933 Anti-war Congress in Montevideo and a publication of a series of journals and actions undertaken from the Argentine city of Cordoba, where exiled radical Bolivians and old Argentine university reformists worked together against the war, in parallel with the

¹ Este artículo surgió de la tesis *Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)*, presentada en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

² Doctorado en Historia (UBA), miembro del Centro de Historia Intelectual (Universidad Nacional de Quilmes). Actualmente es jefe de redacción de la revista *Nueva Sociedad*. Es coautor de *Debatir Bolivia. Perspectivas de un proceso de descolonización* (Taurus, 2010), entre varios trabajos sobre la realidad boliviana.

emergence of communist-aligned anti-war movements in Europe against the threat of a global conflagration.

En la historia nacionalista boliviana, la guerra del Chaco (1932-1935) constituyó el caldo de cultivo para que, al fin, emergiera una verdadera conciencia nacional: la *mezcla de todas las sangres* (étnicas, clasistas y regionales) en el lejano campo de batalla –fuera de los radares mentales asentados en el “macizo andino”– constituyó una fuerte base mítica del nuevo nacionalismo antioligárquico, popular y mestizofílico emergente desde mediados de los años treinta.

Si bien los nacionalistas leyeron la contienda boliviano-paraguaya como una “guerra estúpida” –tal como Augusto Céspedes bautizó más tarde sus crónicas–, alentada por las principales potencias imperialistas, estos consideraron un deber poner el cuerpo y dejar el ajuste de cuentas con la oligarquía para el final del conflicto, cuando la sangre derramada debía convertirse en energía nacional-popular. Por el contrario, muchos bolivianos decidieron –sin motivaciones ideológicas particulares– desertar y huir (varios miles al norte argentino). Pero otros, un grupo sin duda más reducido, se propusieron una tarea más riesgosa y audaz: enfrentar el chauvinismo reinante, levantar el grito de “guerra a la guerra” y –como los bolcheviques rusos a comienzos del siglo XX– transformar la guerra internacional en guerra civil y revolución social. Es en estos últimos que se concentrará este artículo: el recorte elegido privilegiará las redes vinculadas a la Internacional Comunista³ que, con más impacto fuera que dentro de Bolivia, estructuraron una intensa actividad, con la convicción de que la guerra del Chaco era la

³ De aquí en adelante se utilizará la abreviación IC o por su expresión en inglés –Comintern– tal como era a menudo nombrada (en algunas referencias se reproduce la versión rusa de la sigla: Komintern).

punta del iceberg en un enfrentamiento interimperialista de mayores proporciones (entre Estados Unidos y Gran Bretaña) que, más temprano que tarde, implicaría una guerra contra la Unión Soviética, la nueva patria del proletariado mundial.

En el ámbito interno, un reflejo de la explosión de la “cuestión social” en Bolivia era el miedo al comunismo que iba *in crescendo* al interior del gobierno y de las élites. Aunque la acusación de “comunista” era a menudo utilizada para deslegitimar cualquier demanda popular, no deja de ser notable cómo, desde la segunda parte de la década de 1920, las rebeliones de comunarios y colonos indígenas fueron regularmente subsumidas bajo acusaciones de comunismo, como ocurrió especialmente en el caso de la rebelión de Chayanta en 1927 (Hylton 139, Torrez 53)⁴.

Posteriormente, en medio de la contienda, la convicción de que detrás de cualquier movimiento antiguerrero estaban los comunistas se fue arraigando en paralelo a las campañas desarrolladas por la IC y grupos de intelectuales de izquierda – especialmente desde Chile y más aún desde Argentina–. De esta forma, al crónico temor a la “guerra de razas” se sumó el miedo a la guerra de clases. A la cuestión étnica –vivida como una verdadera “*peur blanche*” por las elites, sobre todo rurales⁵– se superpone desde los años veinte la emergencia de la “cuestión social”, al calor de los cambios socioeconómicos e intelectuales que vivía Bolivia.

Es en este terreno que se desarrollará la campaña antibélica por parte de un conjunto de redes político-intelectuales parcialmente superpuestas, en las que tuvo un

⁴ Sobre el hallazgo de ejemplares del periódico *Bandera Roja* en casas de indígenas, Cfr. Carta del Gral. Raimundo González Flor al Presidente de la República, Hernando Siles, 30 de agosto de 1927 (ABNB, Presidencia de la República, Correspondencia 1927, PR 012, vol. 12.).

⁵ Sobre el tema del miedo al indio y las propuestas para “civilizarlo” e integrarlo a la nación a través de la educación cfr. Martínez (265-283).

papel central la organización matriz del comunismo mundial. En este artículo nos concentraremos en el entramado que articuló al Buró Sudamericano del Comintern, a los emergentes movimientos antifascistas y antiguerra, a exiliados bolivianos en Argentina y a viejos reformistas universitarios de izquierda cordobeses, que vieron en la guerra un golpe mortal al latinoamericanismo por el que habían luchado⁶.

El abordaje de los movimientos antibélicos frente a la guerra del Chaco –para el que usamos como soporte las revistas *Correspondencia Sudamericana*, *La Internacional*, *El Trabajador Latinoamericano*, *América Libre* y *Flecha*, además de memorias de reuniones, documentos, volantes y folletos– nos permitirá reconstruir dimensiones ideológicas y organizativas importantes de las izquierdas de la primera parte de la década del treinta, marcadas por el llamado *momentum* ultraizquierdista de la IC (*clase contra clase*) y su incidencia en Bolivia, la emergencia del trotskismo como identidad disidente ya separada organizativamente de los partidos comunistas y la actualización del reformismo universitario en clave antifascista, uno de cuyos exponentes más destacados fue Deodoro Roca, quien mantuvo una serie de postulados antiimperialistas e incluso anticapitalistas (Kohan 35), al tiempo que construyó estrechos vínculos con exiliados bolivianos de la izquierda radical afincados en la ciudad argentina de Córdoba, cuyo referente intelectual era el chuquisaqueño Gustavo Navarro (más conocido por su pseudónimo Tristán Marof). La compenetración de Roca con la causa antiguerrera lo

⁶ No incluimos acá otras redes también parcialmente superpuestas, como la revista y editorial *Claridad*, gerenciada por Antonio Zamora, ni las activas redes anarquistas contra la guerra. (Sobre los contornos del proyecto Claridad, cfr. Ferreira de Cassone 1998); sobre los movimientos anarquistas contra la guerra, cfr. entre otros, Hernández (19). Sobre las posiciones de Juan Lazarte, Elio Colle y Tristán Marof cfr. Guevara (157)).

llevó a editar –casi en soledad– la revista *Flecha*, en la que invirtió enorme tiempo y esfuerzos.

Todas estas campañas –que lograron importante resonancia en América Latina– no alcanzaron para poner en pie un verdadero movimiento antiguerrero en el interior de Bolivia. Empero, como ya señalamos, pusieron en alerta a las autoridades –que persiguieron con ahínco cualquier “actividad comunista” (Mejillones Quispe 435)– y marcaron la sociabilidad de una intelectualidad de izquierda en el exilio, parte de la cual tendría un papel destacado en la posguerra y en las reconfiguraciones posteriores del marxismo y el nacionalismo revolucionario boliviano. En resumen: la agitación antiguerra tuvo una gran importancia en la articulación –y extensión– del comunismo continental, anudando vínculos con los emergentes movimientos antiguerreros europeos, que se preparaban para la conflagración mundial.

El “descubrimiento de América” de la Internacional Comunista

Para entender la estrategia comunista en el continente y en el área andina resulta útil repasar el momento histórico por el que transitaba el comunismo internacional. El Sexto congreso, reunido en 1928, fue considerado el del “descubrimiento de América” por parte de la Tercera internacional (Caballero 107-120; Tarcus 64-74). En esas fechas, el trotskismo había sido derrotado en la Unión Soviética (Trotsky fue deportado al extranjero en 1929 después de su exilio interno) y el jefe de la Internacional era Nicolás Bujarin. Pero si las tesis de la IC sobre América Latina pueden considerarse un reflejo de la posición de Bujarin ello se debe a que el encargado de los asuntos latinoamericanos de

la IC –que presentó al Sexto congreso el informe sobre la región– era el suizo Jules Humbert-Droz, un confeso bujarinista (Caballero 113).

Por esos años se estaba procesando un cambio radical en la estrategia política de la IC: las llamadas “alianzas con la burguesía nacional” (que habían conducido a un duro fracaso en China) fueron súbitamente reemplazadas por la estrategia denominada “*clase contra clase*” a partir de la caracterización de que se abría una época de polarización marcada por el enfrentamiento decisivo entre la burguesía y el proletariado. Según estas tesis, el capitalismo había entrado en el Tercer periodo, caracterizado por una agudización de los conflictos interimperialistas. Al respecto, Codovilla, líder máximo del PC argentino y del Secretariado sudamericano, señalaba ante el V Pleno del Partido Comunista de Uruguay:

El VI Congreso de la I.C., sobre la base de un análisis de las diversas etapas recorridas por el capitalismo de post-guerra, estableció ya que el periodo actual es el de las guerras imperialistas y de la revolución proletaria, periodo agónico del imperialismo, y por consiguiente, después del tercer periodo no podía haber un cuarto, ni un quinto, etc. porque este era el último periodo de la era capitalista (Codovilla 3)⁷.

En este marco, la socialdemocracia europea y los movimientos nacionalistas populares latinoamericanos, como el batllismo uruguayo (nacido del liderazgo de José Batlle y Ordóñez) o el aprismo peruano, pasaron a ser caracterizados como contrarrevolucionarios (notablemente, los socialdemócratas pasaron a ser considerados “hermanos gemelos del nazismo” o “socialfascistas”) (Tarcus 64). Paralelamente, fueron impulsadas nuevas formas organizativas (celulares) en los partidos de América Latina

⁷ Según estas caracterizaciones, el primer periodo duró desde la revolución rusa a la derrota de las revoluciones alemana y búlgara (1923), a lo que se sumó la muerte de Lenin en 1924; el segundo periodo se caracterizó por la estabilización parcial del capitalismo “en el que la socialdemocracia juega su rol más infame” (*Ibid.* 5) pero al mismo tiempo por la “consolidación de la Unión Soviética” (*Ibid.* 6) y se extendió entre 1923 y 1928.

junto a la “proletarización” de sus filas y el incremento de la tradicional desconfianza hacia los sectores pequeñoburgueses⁸. Como señala Tarcus, “si estudiantes e intelectuales ocuparon siempre un lugar subalterno, e incluso ‘sospechoso’ dentro de la lógica política de la Komintern, en el llamado ‘tercer periodo’ (1928-1934) el sectarismo obrerista y antiintelectualista alcanzó quizás su grado más exasperado” (*Ibid.* 65).

Esta nueva etapa requería un “nuevo curso” de los partidos comunistas. Para darle forma, se decidió organizar para 1929 dos conferencias comunistas latinoamericanas de enorme importancia: la Conferencia sindical en Montevideo y la Primera conferencia de partidos latinoamericanos en Buenos Aires.

Un análisis exhaustivo de ambos eventos nos desviaría del tema central de nuestro artículo, pero conviene apuntar que la reunión sindical de Montevideo fungió como Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA), integrante, a su vez, de la Internacional Sindical Roja (ISR). Bolivia estuvo representada por Carlos Mendoza Mamani (de la Confederación de Trabajadores de Bolivia (CTB)), A. Suazo –minero potosino– y Hugo Sevillano, de la Federación Obrera del Trabajo (FOT). Este último causó revuelo al cuestionar la política antiguerrera de la IC y señalar que en caso de guerra con Paraguay, él se ubicaría del lado de su país. A su turno, la conferencia comunista de Buenos Aires –de la que participaron, además de Mendoza Mamani y Suazo, el universitario Alfredo Mendizabal⁹– se propuso homogeneizar a los partidos y fortalecer la lucha contra el trotskismo y, en palabras de Stalin, contra el “liberalismo

⁸ En la Primera conferencia de Buenos Aires, según reportes de la IC, el 51% de los delegados eran obreros y 11% campesinos (Caballero 95).

⁹ Mendizabal fue delegado de Oruro al Congreso nacional de estudiantes de 1928 y secretario de prensa de la Federación Universitaria. Más de una década después sería “uno de los dirigentes de la corriente de derecha del Partido de la Izquierda Revolucionaria” (Jeifets et al 293).

podrido”. Hay que tener en cuenta que, en ese entonces, la mayoría de los partidos estaban lejos del monolitismo estalinista, por lo que la normalización ideológica se presentaba como una tarea de primer orden. En ese marco, una de las decisiones consistió en que todos los partidos adherentes a la IC fueran rebautizados como partidos comunistas, lo que generó diversas discusiones, especialmente con los representantes del Partido Socialista Peruano (PSP) liderado por José Carlos Mariátegui (quien no pudo concurrir a la conferencia)¹⁰. Las recurrentes referencias a la “realidad peruana” por parte de los delegados del PSP enervaron a Codovilla, quien finalmente intervino procurando aclarar el núcleo de las divergencias con los díscolos peruanos:

Para “justificar” la creación de ese partido los compañeros llaman a la reflexión al Secretariado [Sudamericano] sobre las condiciones ambientales y digamos – para utilizar una expresión ya clásica– sobre la “realidad peruana”. Indiscutiblemente, toda táctica debe ser adaptada a las condiciones peculiares de cada país. ¿Pero es que las condiciones del Perú se diferencian fundamentalmente de las del resto de los países de Sudamérica? ¡Absolutamente no! Se trata de un país semicolonial, como los otros. Y si la internacional Comunista establece que *en todos los países* deben crearse Partidos Comunistas, ¿por qué el Perú puede constituir una excepción? (“El movimiento revolucionario” 187).

Desde el antiintelectualismo clásico del Tercer periodo, el camarada “Luis” (Humbert-Droz) agregó:

El sólo hecho de querer atraer a los intelectuales demuestra que el Partido Socialista tendría una base y una composición social distinta a la de un verdadero Partido Comunista. Hay que tener en cuenta otra posibilidad: es posible que durante algún tiempo, los pequeños burgueses y los intelectuales sean disciplinados; pero en el momento decisivo, traicionarán, como ha pasado siempre, y es preciso precavernos de ese peligro (*Ibid.* 199-200).

¹⁰Camarada Luis señaló: “Temo que bajo una forma nueva y con una nueva etiqueta, tengamos en Perú un resurgimiento del APRA”. Para un análisis sintético de las relaciones entre el mariateguismo, el APRA y la IC, cfr. Terán (*Discutir Mariátegui* 101-117), especialmente, capítulo V, “Entre el aprismo y la Comintern”.

Como puede observarse, la discusión sobre el nombre, en apariencia superficial, estaba anudada a una serie de cuestiones vinculadas con el tipo de organización y la identidad partidaria; al final, el partido peruano sería rebautizado “comunista” tras la temprana muerte de Mariátegui en 1930.

Retomando las ideas-fuerza lanzadas por Stalin contra el “liberalismo podrido” y el trotskismo (Stalin, “Sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo”), el Buró Sudamericano redactó un documento titulado: “Las tareas de los partidos comunistas latino-americanos en el frente ideológico”. Allí se advierte que “en los partidos de América del Sud, la lucha ideológica contra nuestros adversarios y su influencia sobre nuestros partidos, contra las desviaciones en el seno de los mismos, es muy débil” (“Las tareas de los partidos comunistas” 15 y ss). El texto se refería concretamente a la necesidad de poner fin a la tolerancia frente a las tradiciones socialistas y anarquistas que aun pervivían en los partidos de la Tercera Internacional, a la urgencia de reeducar en un sentido proletario a los elementos no proletarios y al establecimiento de un “severo control obrero”. El objetivo principal era poner fin a la “pasividad en la lucha contra el trotskismo”, un tipo de “desviación” que constituía una fuente de “descomposición de nuestros partidos”. Entre los elementos “aventureros y extraños al movimiento revolucionario” se cita, entre otros, a Tristán Marof, por entonces uno de los izquierdistas bolivianos más conocidos en el exterior.

El viraje campesino-indígena de la Internacional Comunista y la izquierda comunista boliviana

Un aspecto notable –especialmente para un país como Bolivia– de las instrucciones de la IC a los partidos latinoamericanos por esos años lo constituyó la insistencia de que emprendieran, sin dilaciones, un trabajo con los campesinos e indígenas sobre todo en los países andinos (además de los negros, donde los hubiera).

Nuestros partidos han menospreciado las luchas nacionales de los negros e indios, no sabiendo ligar sus reivindicaciones con las reivindicaciones de clase. No comprenden que la lucha por la autodeterminación (derecho a disponer de sí mismos) de los indios y de los negros va dirigida contra el estado actual feudal-burgués y que esta lucha es parte integrante de la lucha de los explotados. [...] No ligando la revolución agraria y antiimperialista con las reivindicaciones de las razas y naciones oprimidas, repiten el viejo error menchevique” (“Las tareas de los partidos comunistas” 15).

Para reforzar estas posiciones, el Buró Sudamericano publicó en 1933 una carta titulada, sin ambigüedades, *Por un Viraje Decisivo en el Trabajo Campesino*. No se trataba, simplemente, de un déficit táctico: “la insuficiente preocupación de los Partidos por este problema comprueba la debilidad de todo su trabajo, siendo un reflejo de todas las desviaciones en el terreno ideológico, de enorme sectarismo y de falta de orientación revolucionaria de que adolecen” (*Por un Viraje* 3). El documento presenta una amplia descripción de las luchas campesinas en la región y critica las estrategias y posiciones teóricas de los diferentes partidos comunistas con bastante dureza. Y a este texto se suman otros con la misma finalidad: “liquidar la subestimación inadmisibles del trabajo en el campo” (“Las tareas actuales de los P.C.” 11). Para ello era necesario entender con exactitud el carácter de la revolución agraria y antiimperialista, superando diversos tipos de desviaciones, como la mariateguista y la aprista entre los comunistas peruanos¹¹. Se

¹¹ El documento critica al “camarada Mariátegui” por considerar que “el imperialismo liquidaba las formas feudales en el campo” (*Por un Viraje* 15). Las discusiones entre la IC y el PSP eran muy complejas. Tarcus resume así parte de lo que estaba en juego: “mientras la Internacional Comunista aprueba para América

trata de ganar a los campesinos medios y no solamente a los pobres; no es posible luchar por el socialismo inmediato en el campo sino desarrollar la revolución agraria y antiimperialista que destruya al latifundio. Pero ya no se trataba de poner en marcha el “frente único” –ni partidos obrero-campesinos– sino partidos liderados por el proletariado de la ciudad y del campo (Portantiero 89-114), de allí la insistencia con la proletarianización de los partidos comunistas.

Las instrucciones son precisas, e incluyen tareas prácticas. Por ejemplo, “la cuestión de la literatura de masas para los campesinos y particularmente las ediciones adaptadas para los analfabetos y los semi-analfabetos es de mucha importancia para la mayoría de nuestros partidos” (“Las tareas actuales de los P.C.” 15). “Expropiar a los latifundios sin compensación y dar las tierras a los campesinos, que se las repartan entre ellos. He aquí la divisa con la cual debéis ir a los campesinos”, vuelve sobre el tema el soviético A. Losovsky en *El Movimiento Sindical Latino Americano (Sus virtudes y sus defectos)*, donde plantea claramente que la dirección debe ser obrera:

No debéis olvidar que es el movimiento obrero de las ciudades quien debe conducir ese movimiento de los campesinos, por la entrega de la tierra a los indios, por la confiscación de todas las propiedades feudales [...] Si planteáis el problema de esa manera, entonces el indio más atrasado os sostendrá” (Losovsky 23).

Pero la IC iba más allá. Defendiendo el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades, apuntaba que las reivindicaciones indígenas no podían limitarse a la cuestión de la tierra sino que debían ampliarse hasta el propio derecho a la secesión. “Hay

Latina una estrategia de revolución democrático-burguesa (agraria y antiimperialista), articulada a una táctica obrerista ultraizquierdista; el PSP sostiene una estrategia socialista articulada a una táctica más amplia y frentista” (67).

que reivindicar para el indio el derecho absoluto a su separación de Bolivia, a la creación de su propio Estado independiente”, sostenía. Y junto con ello, “hay que proclamar la consigna de la confiscación sin indemnización alguna de las tierras, su restitución a las comunidades indígenas y su división entre los campesinos que se hallan fuera de las comunidades” (“Las tareas actuales” 18).

Con todo, los comunistas no lograron revertir la debilidad organizativa que mostraban en Bolivia. Codovilla, a cargo de la organización del partido boliviano, admitió que la estrategia de entrismo en el reducido Partido Laborista no había dado resultado y entonces el Buró decidió crear un partido basándose en el pequeño grupo de Carlos Mendoza Mamani. Hacia 1928 –no se sabe la fecha exacta– se conformó el Partido Comunista (de carácter clandestino) que, como señala Schelchkov, “no era un partido sino un pequeño grupo de intelectuales y sindicalistas” (Schelchkov *El laberinto* 19). El hecho de que la IC le exigiera “reclutar unos 40 o 50 trabajadores” para comenzar a discutir su conversión en sección boliviana de la IC da cuenta de la exigua cantidad de militantes con que contaba el grupo. Con todo, el nucleamiento –que después comenzó a ser denominado Agrupación Comunista– atrajo a varios personajes llamados a ocupar un sitio en la historia política y social boliviana: allí militaron José Antonio Arze, José Aguirre Gainsborg y Walter Guevara Arze; este último, parte del trío fundamental del gobierno de la Revolución Nacional en los años cincuenta y futuro presidente de Bolivia durante un breve periodo en 1979. El hecho de que no haya consenso historiográfico sobre la fecha exacta de la fundación ni de la desaparición del Partido Comunista (clandestino) nos habla de su debilidad política y organizativa.

Sin embargo, a comienzos de la década del 30, las protestas contra la ley de Defensa social, en un contexto de pauperización social abierto por la crisis de 1929, se mezclaron con las proclamas antiguerreras y alarmaron al gobierno de Daniel Salamanca que, además de declarar el estado de sitio en julio de 1932, alentó el procesamiento de varios dirigentes comunistas y anarquistas. Y la “amenaza comunista”, que con su prédica antibélica buscaba relajar la tensión patriótica que el país necesitaba, fue amplificadas por la prensa (Lorini 185 y ss).

Lo cierto es que, pese a la debilidad del comunismo local, algunos exiliados lanzaron una activa campaña antibelicista. Entre ellos se destacaban el grupo Tupac Amaru, liderado por Marof desde Córdoba, e Izquierda Boliviana de Aguirre Gainsborg, en Chile. Su modesta actividad logró una amplificación mayor cuando la IC tomó la lucha contra la guerra del Chaco como una actividad central, dado que consideraba que esta contienda sudamericana no era más que un aviso de lo que el Tercer periodo del capitalismo mundial traería al continente y al mundo entero en términos de carnicerías bélicas. Por eso, los eventos antiguerreros sobre el Chaco están en gran medida en el origen de organizaciones antiguerras y antifascistas de mayor amplitud, en las que la IC buscó jugar un papel de primer orden, y en las cuales participaron intelectuales de celebridad mundial como Henri Barbusse, Waldo Frank o Romain Rolland, entre varios otros.

Pero, al mismo tiempo, la contienda en el Chaco boreal tuvo otro efecto. La matanza chaqueña daba al traste con el latinoamericanismo trabajosamente construido por la generación de la Reforma universitaria argentina de 1918: si el primer párrafo del Manifiesto Liminar terminaba diciendo que “estamos viviendo una hora americana”, y

maestros de la juventud como José Ingenieros, Alfredo Palacios o Manuel Ugarte recorrían el continente con un discurso latino o indoamericanista y antiimperialista, ahora dos pueblos hermanos –e incluso muchos indios que ni siquiera eran considerados ciudadanos plenos en Bolivia o Paraguay– se estaban desangrando o simplemente muriendo de sed o enfermedades en el infierno chaqueño (Bergel XXV-XXVI). Por eso no fue casual que figuras como Deodoro Roca –precisamente el redactor del manifiesto Liminar– pusieran toda su energía en la cruzada antibélica. Estas redes combinarían, no sin tensiones, una serie de sensibilidades que buscaban actuar en un mundo marcado por la polarización europea entre el comunismo y el fascismo, cuyos ecos llegaban a América Latina; una situación crítica que activó una variedad de compromisos y solidaridades antifascistas. Los propios comunistas abandonarían, antes del fin de la contienda chaqueña el ultraizquierdismo de *clase contra clase* para dar un viraje radical hacia los frentes populares con fuerzas demoprogresistas e incluso liberales.

Transformar la guerra en revolución

Ya en 1928, los enfrentamientos por el fortín Vanguardia advirtieron que la contienda entre Bolivia y Paraguay era un peligro real (Brockman 131). Aunque en ese entonces, el presidente Hernando Siles evitó la guerra mediante una intensa actividad diplomática, no faltaría el presidente que en medio de la crisis del Estado oligárquico, intentara revertir las sucesivas derrotas bélicas bolivianas (Pacífico en 1879-1883; Acre en 1899-1903) y sus efectos sobre la autoestima nacional, “pisando fuerte en el Chaco” (*Ibid.* 195). De paso Bolivia podría acceder a una salida al Atlántico mediante un puerto en el río Paraguay y garantizar la explotación y exportación de petróleo. El ejército boliviano estaba al parecer mejor preparado y no faltó quien se ilusionara con que las

fuerzas andinas plantaran bandera en Asunción. Por eso, ante los primeros conatos bélicos, la IC se puso en alerta, advirtiendo a los trabajadores de ambos países que esa guerra no era la suya. Así, podemos leer en *El Trabajador Latinoamericano* el siguiente llamado:

Trabajadores de Bolivia y Paraguay: la guerra que se prepara no es la vuestra, no se hará para vosotros ni en vuestro beneficio. Se trata de una lucha de dos bandos de negreros, por el reparto de los esclavos y del botín. El contenido real del litigio por la frontera del Chaco Boreal, es una prolongación de la lucha entre el imperialismo inglés y el americano, por la conquista de América Latina, y en este caso por la conquista de las riquezas que contiene aquella región. El petróleo del Chaco Boreal como las riquezas, en general, del Paraguay y de Bolivia, no os pertenecen a vosotros, sino a los imperialistas que mandan en ambos países. En la guerra que se prepara no tenéis nada que ganar y sí mucho que perder. Si los señores capitalistas quieren la guerra, *que vayan ellos a pelear* (“A los trabajadores de Bolivia y Paraguay” 7. Cursivas en el original).

En efecto, la tesis más difundida es que se trataba de un enfrentamiento interimperialista corporizado en los enfrentamientos de la Standard Oil y la Royal Dutch Shell. Por eso el periódico sindical proseguía: “No os dejéis engañar por los cantos de sirena de vuestras burguesías. En cada patria hay dos patrias: la de los proletarios y las de los capitalistas ¡Esas son las verdaderas fuerzas de la contienda!” (*Ibid.* 8).

Esta idea de que la guerra constituía en verdad un enfrentamiento interimperialista por el petróleo va a ser compartida por las izquierdas de diverso signo, y también por sectores nacionalistas. En este marco, la estrategia de la Internacional Comunista fue el llamado al frente único antiguerrero y antiimperialista. Los cominternistas consideraban que “el fortalecimiento ininterrumpido del poder económico y político del proletariado ruso, bajo la directiva del plan quinquenal, al coincidir con el desquiciamiento del sistema capitalista, pone a la orden del día la necesidad de una guerra imperialista contra la Unión Soviética” (“Los problemas de la guerra” 1). Y la guerra boliviano-paraguaya no

era más que la expresión de esas contradicciones interimperialistas del sistema capitalista a escala regional. Por eso el comité latinoamericano se vinculaba al Comité Mundial contra la Guerra Imperialista con sede en Ámsterdam. Esa era la lectura que la IC había logrado difundir entre los partidos, movimientos y sindicatos con hegemonía comunista. Por eso, la Trade Union Unity League escribía desde Estados Unidos que

Interpretando las guerras en Latino-América como guerras por la supremacía de los imperialismos yanqui e inglés, y como una preparación para el ataque a la Unión Soviética, nos comprometemos a conducir una lucha activa contra los preparativos de guerra de EEUU y a dar pasos para detener el envío de municiones a Sudamérica, ejecutando así el pacto de solidaridad firmado en Montevideo en mayo de 1929 entre la Confederación Sindical Sudamericana y la Trade Union Unity League (“Preparativos para la realización del Congreso Antiguerrero” 2).

Por momentos predominan visiones exitistas y los comunistas consideran que “el motín naval en Chile, las sublevaciones parciales en Perú, los frecuentes casos de indisciplina colectiva en los ejércitos de Bolivia y Paraguay, y la agitación revolucionaria entre los indígenas bolivianos, disconformes con la guerra, constituyen demostraciones concretas de las amplias posibilidades que hay para una lucha efectiva de masas contra la guerra” (“Posibilidades para una lucha” 3). En otros artículos, se insiste, por el contrario, en las dificultades de los grupos comunistas en Bolivia y Paraguay para llevar adelante la línea política de la IC y se pone atención a las tareas de organización, agitación y movilización en combinación con las reivindicaciones de obreros, campesinos e indígenas, y la intervención entre las mujeres, los jóvenes e incluso en el seno del ejército. Frente a la alternativa de la desertión individual, los comunistas se propusieron –sin éxito– penetrar el ejército para insubordinar a la tropa y lograr la confraternización boliviano-paraguaya (Hernández 26). No es difícil ver acá la voluntad de repetir el esquema de revolución rusa, cuando los bolcheviques armaron comités de soldados rojos

con posiciones de derrotismo revolucionario durante la Primera Guerra Mundial, para transformar la guerra en revolución.

El congreso antiguerrero de Montevideo (1933): los intentos fallidos de la unidad de las izquierdas

El Congreso Antiguerrero será la actividad de mayor envergadura entre las desplegadas por la IC. La comisión organizadora quedó a cargo del secretario de la CSLA, Miguel Contreras, la escritora Nydia Lamarque y el escritor uruguayo Bernabé Michelena, estos últimos respectivamente a cargo de los comités antiguerreros en Argentina y Uruguay. El cónclave regional se inauguró el 11 de marzo (después de dos postergaciones) y se buscó darle un carácter público. Así, se levantó una tribuna frente a la Casa de los Sindicatos de Montevideo, donde hablaron algunos delegados en el marco de una concentración popular. Luego, las deliberaciones se desarrollaron en el teatro Stadium hasta el 16 de marzo (“Bajo la bandera del Congreso Antiguerrero” 4). Fiel a los lineamientos del tercer período, la IC procuró dotar al evento de un perfil netamente obrerista. Aunque los llamados convocaban a los “millones de indios y negros oprimidos” (“Por un grande Congreso Antiguerrero [sic]” 2), esa convocatoria parece haber sido en gran medida formal. Por su lado, los intelectuales fueron una cara visible, cuya utilización de manera bastante instrumental buscaba generar una irradiación de mayor alcance en la causa antiimperialista. Con ese fin, el evento fue presidido por Aníbal Ponce, pero el objetivo fue mostrar una presencia aplastante de obreros. *La Internacional* informa que de las 446 delegaciones, 362 delegados eran obreros industriales, 12

campesinos y jornaleros, 4 artistas, 23 intelectuales y 45 estudiantes. Notablemente, en el Presidium no había ningún boliviano y solamente un paraguayo, el joven Oscar Creydt.

El trabajo en Argentina –de donde viajaron 176 delegados– resultaba particularmente importante. Por un lado, la nación rioplatense era acusada –con evidencias– de jugar del lado paraguayo, siguiendo el mandato de su “patrón” británico, en tanto que Buenos Aires será la sede de las futuras negociaciones de paz y el canciller Carlos Saavedra Lamas (Premio Nobel de la Paz en 1936) jugará un papel de trascendencia mundial; un rol abiertamente cuestionado por los bolivianos, al igual que por el estadounidense Spruille Braden –futuro embajador en Buenos Aires–, quien en su autobiografía trata a Saavedra Lamas de ególatra, vanidoso e inepto. En el citado boletín antiguerrero, pueden leerse artículos con títulos como “Jefes argentinos dirigen la guerra”, “Exploraciones de la aviación argentina”, “Armas argentinas para el Paraguay”, etc. En este marco, la cantidad de adhesiones sindicales confirman que los partidos comunistas pusieron toda su fuerza militante al servicio de la causa antibélica (“Desde los umbrales del Congreso Anti-Guerrero” 1)¹², al tiempo que buscaban articular estas actividades con otras corrientes de la izquierda que fueron invitadas a Montevideo, incluso trotskistas y anarquistas.

Pero aunque se intentó la unidad de acción contra la guerra, pronto las tradicionales divisiones en el campo antisistémico clausurarían el proclamado frente

¹²Entre otras, el boletín cita la adhesión de la Federación Obrera de Chile (FOCH), la CGT de Perú, los Comités de Unidad Sindical Clasista de Argentina y de Paraguay, las organizaciones sindicales revolucionarias de Bolivia, la Confederación General del Trabajo de Brasil, la Confederación Unitaria de México, la Confederación Nacional Obrera de Cuba, el Comité pro CGT de Colombia, el Comité Organizador de la CGT de Ecuador, los petroleros de Comodoro Rivadavia, la Federación de Obreros de la Carne, la Organización de Asalariados Agrícolas de Alcorta, el sindicato de la madera (estos cuatro últimos de Argentina). Se anuncia que irían delegados campesinos de Firmat (Santa Fe) y Alta Gracia (Córdoba). Aseguran que en Moisés Ville se realizó una gran asamblea con 600 campesinos, donde se eligió como delegada a una compañera obrera del Partido Comunista.

único. Entre los disconformes estaban los anarquistas. Según *La Internacional*, estos “pidieron una hora de derecho al uso de la palabra para dos representantes de la fracción, que les fue concedido, y a su vez también a los trotskistas”. Para el diario comunista, fue la presión de los obreros anarquistas, entre ellos los “valientes militantes portuarios”, la que llevó a participar a los libertarios, que habían criticado el evento desde revistas como *Nervio*, porque –según la prensa del PC– “esa masa anarquista revolucionaria quiere luchar contra la guerra y en defensa de la Unión Soviética” (“Bajo la bandera del Congreso Antigüerrero” 4). En realidad, los anarquistas planteaban la consigna de “guerra a la guerra” más allá de quienes fueran los contendientes, mientras que los comunistas llamaban a defender a la URSS de cualquier ataque imperialista. Se trataba de una enorme discrepancia estratégica y el conflicto no tardó en estallar.

Según los anarquistas, cuarenta y cinco delegaciones ácratas (que incluían al mítico Simón Radowitzky) se retiraron del evento, denunciando que el mismo había sido manipulado por los estalinistas, que monopolizaron la reunión y coincidieron en una “apología interminable del bolchevismo y en un ataque incesante contra los anarquistas a los cuales también habían invitado a participar”. Estos grupos sostienen que:

En medio de un público casi únicamente compuesto por vociferadores y amenazadores siguieron los discursos en los cuales se nos lanzaron los peores insultos y calumnias incalificables. Ante la evidencia de estos hechos, decidimos retirarnos de ese congreso que después de la expulsión inmediata y vergonzosa de los representantes de la fracción trotskista, se transformó de inmediato en un simple mitín comunista, donde se atacó más a los revolucionarios no serviles y a los hombres libres, que a la guerra [...] la lucha contra la guerra pierde eficacia gracias a ese odio sistemático de cuanto no se somete a la férula dictatorial de Stalin erigido en emperador del mundo (“Fracaso del Congreso antigüerrero”)¹³.

¹³Ver también: “‘Guerra a la guerra’ Ponencia presentada al Congreso Continental Antigüerrero Latino Americano por las organizaciones libertarias que celebraron acuerdo para concurrir al mismo”.

Los comunistas respondieron concediendo “que el Congreso cometió el grave error de dejarse arrastrar –a pesar de los propósitos formalmente expresados en contra– a una discusión doctrinaria con los representantes anarquistas, que no tuvo otra consecuencia que ahondar las disidencias con ellos”. Todo ello en lugar de ceñirse “enérgicamente el debate a la coordinación de acciones concretas de lucha antiguerrera”. No obstante, acusan a los libertarios de buscar un pretexto para romper e invitan “al heroico proletariado anarquista a incorporarse al frente único antiguerrero surgido de Montevideo” (“Desde los umbrales del Congreso Anti-Guerrero”). Son varias las oportunidades en las que, mediante elogios a la combatividad de las bases anarquistas, los comunistas buscan introducir brechas con sus direcciones. Por el contrario, a los socialistas, y a revistas como *Claridad* (en definitiva, parte del ominoso “socialfascismo”), los comunistas los acusaban de ser “simples aparatos de repercusión del pacifismo imperialista” que buscaban “llevar el conflicto de límites a la Liga de las Naciones” (“Revisando posiciones” 4).

Desde el trotskismo, se sumó a las críticas la Liga Comunista Argentina, considerada a sí misma como una fracción disidente del Partido Comunista oficial. Desde posiciones obreristas, el grupo criticará a los comunistas por entregar “a manos inseguras de escritores ‘izquierdistas’ radicales o semi-radicales, la organización del luchar antiguerrero”. Una acusación notable teniendo en cuenta que, como ya apuntamos, la IC se encontraba en la etapa de mayor sospecha y sectarismo de su historia sobre los intelectuales, aunque consideraba que, al mismo tiempo, debía usarlos para la causa. La Liga Comunista acusará al Comintern de hacer “arrastrar al proletariado tras las luminarias de salón, los parásitos intelectuales” y se pregunta: “¿Qué autoridad tienen

para convocar al proletariado los González Tuñón, los Petit de Murat, y Nidia Lamarque [sic]?” (“El congreso antiguerrero de Montevideo y la Liga Comunista”).

De esta forma concluyó el mayor esfuerzo antiguerrero puesto en pie por la Comintern, que poco después, en un giro de 180 grados, pasaría a impulsar la estrategia de los frentes populares con socialistas y liberales progresistas para enfrentar al fascismo y a la reacción.

América Libre y CPPYLA: Córdoba como centro del antiguerrerismo¹⁴

En la ciudad argentina de Córdoba las actividades antibélicas encontraron un caldo de cultivo muy especial. Allí, una serie de configuraciones particulares –vinculadas a la existencia de antiguos reformistas universitarios y un grupo de activos exiliados bolivianos– transformaron a esta urbe mediterránea en el escenario de un importante movimiento antibélico en el que se vincularon izquierdistas andinos como Tristán Marof y Alipio Valencia Vega (Iván Keswar) –e incluso el ya mencionado comunista paraguayo Oscar Creydt– con figuras como Deodoro Roca y Gregorio Bermann, que buscaban actualizar el espíritu de la gesta cordobesa del 18 en nuevas causas (“Los del ’18 se lanzan de nuevo” 6). Todo ello amplificado por el talante en ese entonces progresista y proobrero del diario local *La Voz del Interior*.

De ese mundo emergieron dos iniciativas que se transformaron en tribuna del “pacifismo heroico” contra la contienda fratricida: *América Libre* (de la que salieron cinco números) y el Comité Pro Paz y Libertad de América (CPPYLA), (Bergel XXIII).

¹⁴ Agradezco especialmente a Martín Bergel, quien compartió generosamente conmigo sus trabajos sobre Deodoro Roca, *Flecha* y el reformismo universitario, y me alertó sobre las útiles informaciones contenidas en *La Voz del Interior*.

Con posterioridad a la firma de la paz, el CPPYLA fundado por Roca editó la revista *Flecha*, (entre noviembre de 1935 y agosto de 1936) para proseguir la lucha antiguerrera en un contexto de emergencia del antifascismo.

La posición predominante era que la Guerra del Chaco anticipaba conflictos continentales de mayor amplitud, que se trataba de un enfrentamiento acicateado por los imperialismos estadounidense y británico, y, finalmente, que había que desconfiar de la Cancillería argentina, que se proponía como factótum de la paz. “El petróleo es el más formidable pleito que ha conocido la era capitalista [...] Se trata de una basta contienda por la hegemonía mundial [y] Sudamérica es, en este momento, el frente donde la pugna imperialista se ha hecho más dramática” (Roca, “¡Por la paz en América!” 232).

En ambos casos, las revistas salieron a luz en las postrimerías de la guerra, pero en ese momento pocos creían que su fin se encontraba bastante cerca. Por el contrario, la impresión entre las izquierdas era que la guerra podía tomar dimensiones continentales. Poca confianza podía tenerse, sostenía Roca, en la labor de las cancillerías “que persiguen a los intelectuales y obreros antiguerreros de Paraguay y Bolivia”. Más aún, “la próxima conferencia en Buenos Aires, en las circunstancias en las que ha nacido, lejos de ser un síntoma favorable, señala el punto de máxima gravedad, la posibilidad de que la guerra que se quiere conjurar se extienda por todo el continente” (*Ibid.* 234). En este marco, para lograr la paz es necesario no confiar “en los gobiernos de las clases dominantes” y “revelar al pueblo y en especial a la clase trabajadora de América Latina los oscuros y amenazadores telones de la política internacional” (*Ibid.* 234-235).

Por su parte, desde su primer número, publicado en junio de 1935, *América Libre* funcionó como un espacio de encuentro entre exiliados bolivianos radicales e

intelectuales argentinos. El nombre no dejaba lugar a dudas, remitía a la “lucha enconada contra el imperialismo extranjero y sus aliados nacionales” (Marof “Nuestra revista” 1). “Nuestros himnos patrios, fogosos de libertad y gloria, son humorísticos, cuando en cada calle de las colonias o semi-colonias, el capital monopolizador extranjero nos tiene cogida la garganta con su mano de hierro, indicándonos sumisión [...] Por eso, ante nosotros, se posa la aspiración máxima: ‘América Libre’. Pero esta frase no debe tener un sentido lírico, sino precisamente un contenido económico y social. También internacional” (*Ibid.*). Para lograr esa tarea, Marof se propone “robustecer a la clase obrera” y buscar aliados entre otros sectores sociales con “ansia de liberarse”, “vincularse con las masas y luchadores de otros continentes” (*Ibid.*).

Como apunta Martín Bergel, tanto *América Libre* como *Flecha* tomaron distancia del aprismo oficial (lo que las diferenciaba de iniciativas como *Claridad*), e incluso fueron tribuna de apristas de izquierda que polemizaron con figuras como Manuel Seoane, acusado de ser el ala derecha del movimiento (Bergel LVIII n. 71). “Ni hispano-americanismo, ni latinoamericanismo, ni siquiera el último invento que viene de México y del Perú: indo-América. No. América Libre y socialista dentro del mundo, no a la cola del mundo”, se posicionaba la revista desde su nacimiento (Marof, “Nuestra revista” 2). El proyecto sólo contaba con algunas publicidades comerciales, como librerías, sastrerías, repuestos para automóviles, etc., por lo que solicitaban el apoyo de sus lectores: “América Libre lucha y luchará por las reivindicaciones proletarias y por la justicia social. Colabore con ella y APOYELA”, decía el aviso, a veces inserto entre las publicidades, a las que sumaron una guía de profesionales encabezada por el estudio jurídico de Deodoro Roca, que incluía el consultorio médico de Gregorio Bermann

experto en “enfermedades mentales y nerviosas”. En la contratapa tenía un grabado de un indio y un cóndor, retomando la estética indigenista de revistas como *Amauta*.

Su animador, Gustavo Navarro (más conocido como Tristán Marof), había llegado desterrado a la Argentina en 1927 –donde permanecerá con un breve interregno en México– hasta 1937, cuando el gobierno “socialista-militar” de Germán Busch le permite su regreso en el nuevo escenario político abierto tras la guerra del Chaco. Su itinerario político-intelectual fue siempre agitado y polémico –quizás su propio apodo búlgaro en un país andino sintetice parte de su pomposa construcción de sí mismo–. Navarro/Marof comenzó a incursionar precozmente en la alta política con un cargo diplomático en Francia en los años veinte –durante el gobierno republicano de Bautista Saavedra– que le permitió insertarse en lo más encumbrado del mundo intelectual parisino, donde entabló relación con Henri Barbusse, quien lo introdujo en el universo comunista francés (Topasso 38). A lo largo de su vida coqueteó con la Internacional Comunista –que creyó encontrar en él al líder de un potencial partido comunista obrero en Bolivia (Schelchkov “En los umbrales”)– y con el trotskismo, para terminar adhiriendo a la idea del socialismo nacional después de la guerra del Chaco. Posteriormente denunció al gobierno “nazi-fascista” del nacionalista Gualberto Villarroel (asesinado por una turba y colgado en Plaza Murillo en 1946) y terminó siendo asesor de los gobiernos de restauración oligárquica de Enrique Hertzog y Mamerto Urriolagoitia, un ex compañero de escuela de Marof (Topasso 33). Pero durante la guerra del Chaco, Marof era un intelectual marxista con prestigio a escala internacional, que había publicado *El ingenuo continente americano* (prologado por Barbusse) y *La Justicia del Inca*.

América Libre y Flecha tenían muchos vasos comunicantes. En su primer número, la revista de Marof publicó “Los cuatro párrafos que ocultó la prensa” del discurso de Deodoro Roca en el teatro Coliseo de Buenos Aires. Esos cuatro párrafos fueron titulados “La política tradicional de la Argentina”, “El imperialismo británico y Paraguay”, “La Standard Oil y Bolivia” y “Paraguay y el negocio del petróleo”. Ese discurso, pronunciado en 1935 en la capital argentina es vibrante y en él, el ex líder universitario se diferencia del mero pacifismo, trasmutado en pacifismo heroico y articulado a fuertes críticas antisistémicas. Así Roca enfatiza que “para provocar la paz, yo traigo un mensaje de guerra”:

Vengo de Córdoba y traigo –en nombre de la gente viva de mi ciudad– un mensaje pacifista. Pero no del pacifismo recalentado de protocolo y de ‘Tedéum’, para uso de diplomáticos, de congresales y de periodistas latinoamericanos... Ni de ese otro inefable y dulzón para colgar en los balcones [...] y que al cabo sólo sirve para estimular dominicalmente una honrada y dulce secreción lagrimal. El nuestro es un pacifismo sin crisis de nervios, sin lágrimas, sin retórica [...] Nuestro pacifismo viene de otra zona y no va a terminar ni en un protocolo, ni en una elegía. Para provocar la paz yo traigo un mensaje de guerra (Roca, “Los anglo-argentinos” 236-237).

En su largo discurso, Roca aclara que no se trata de un mero rechazo a “la guerra como estado” sino a la “guerra como proceso”. Si la primera puede terminar con acuerdos de paz, sellados en las cancillerías –dejando ver el clima más optimista que ya se comenzaba a respirar en las arenas diplomáticas– el fin de la segunda tiene como condición de posibilidad “terminar con el régimen social, económico y político que la produce” (*Ibid.* 237). Y de ello, sostiene Roca, se derivan dos pacifismos: uno inconducente, de conferencias y banquetes, y otro que busca poner fin a un “orden periclitado”. Por eso, para conseguir la paz es menester “herir en sus raíces a la guerra” (*Idem*). Lo que está en crisis es la misma civilización, asociada a la sociedad capitalista,

por lo que la verdadera paz sólo se logrará en “una sociedad sin clases y en una humanidad liberada y bella” (*Ibid.* 249). Incluso si se sellaba la paz, lo que pronto ocurriría, eso no clausuraba la necesidad de cambio político y social, tanto en Bolivia como en Paraguay:

Ni vencedores ni vencidos... ¿Y los cien mil muertos? ¿Y los mutilados, los enfermos, las viudas y los huérfanos? ¿Y la miseria y el hambre de los pueblos? ¿Y la subordinación absoluta de la economía nacional a los imperialismos? (*Ibid.* 252).

Como anotó Bergel, al igual que luego ocurrirá con otras organizaciones antifascistas, el CPPYLA se reveló como una herramienta eficaz para organizar grupos locales ideológicamente plurales de agitación, al tiempo que lograba estructurar redes intelectuales que amplificaban su voz. Aunque, obviamente, la ofensiva diplomática lanzada por Saavedra Lamas ocupaba cada vez más espacio político y mediático, *La Voz del Interior* reflejó en sus páginas las posiciones críticas del CPPYLA y registró sus movilizaciones, a veces de dimensiones considerables, mientras que también daba voz y apoyo explícito a conflictos obreros de entonces, como el de los trabajadores madereros.

Una de las actividades del CPPYLA fue el mítin antiguerrero multipartidario que el 5 de mayo de 1935 se reunió en la Plaza General Paz de la ciudad de Córdoba. Según el diario cordobés, el discurso más elocuente fue el de otro ex reformista universitario, el del ya mencionado psiquiatra Gregorio Bermann, quien a tono con las posiciones de Roca señaló que “el Comité Pro Paz en América no viene pues amparado en un flácido y quejumbroso pacifismo” y reclamó no sólo la paz sino “una paz ejemplificadora, con sanciones severísimas para los responsables”, “una paz de tal índole que sólo podría firmarse por la acción revolucionaria de los pueblos” (“Alcanzó destacadas proporciones” 7). En el acto –en el marco de la política de frente único contra la guerra y el fascismo–

participaron la Federación Universitaria y de Estudiantes Secundarios, la Juventud Radical, la Agrupación Femenina Antiguerrera, la Juventud Socialista, la Federación Juvenil Comunista y el CPPYLA.

Regularmente, *La Voz del Interior* publicaba materiales vinculados a la contienda. La “Carta al pueblo alemán” de Henri Barbusse, publicada el 5 de mayo (“Traducida especialmente para *La Voz del Interior*”) advertía que el tema de la guerra estaba lejos de limitarse a la guerra fratricida en las arenas chaqueñas. El mundo era, como advertía Roca, víctima de una “marcialidad enloquecida” que era necesario conjurar (“Los anglo-argentinos” 237).

En el caso de *América Libre*, no sólo se discutía la problemática de la guerra y la paz. Con un claro signo antiestalinista, se combinaban artículos sobre la situación boliviana (y de las izquierdas andinas) con escritos sobre la realidad argentina, sin dejar de lado las intensas polémicas al interior de un movimiento comunista marcado, como ya señalamos, por la ofensiva de la IC para “normalizar” a los partidos latinoamericanos. Córdoba será, en 1935, el escenario de la fundación del Partido Obrero Revolucionario (POR) en el cual convergen el grupo Tupac Amaru de Marof e Izquierda Boliviana (con sede en Chile) –liderada por el prometedor líder comunista José Aguirre Gainsborg¹⁵–. En ese momento un partido de exiliados, el POR estará llamado a constituir una fuerza importante dentro del campo político boliviano, además de una de las corrientes trotskistas más importantes del mundo en lo que se refiere a su incidencia nacional. Fenómeno particular anudado a un no menos significativo “marxismo minero”, que durante medio siglo introdujo un repertorio de luchas que combinó solidaridades intensas

¹⁵ Promesa de la izquierda boliviana, Aguirre Gainsborg falleció a los 29 años, en 1938, al caer de una vuelta al mundo en un parque de diversiones en La Paz.

construidas en los socavones, discursos radicales, un relato cargado de masacres y resistencias heroicas y un verdadero proyecto de país acaudillado por la clase obrera, más específicamente los mismos mineros.

Paz y nuevos escenarios

La firma del tratado de paz, en junio de 1935, tuvo una enorme repercusión en Córdoba, al punto que fue declarado un feriado regional y clases alusivas en las escuelas¹⁶. Sería la última guerra de grandes dimensiones en América del Sur. Y su culminación reconfiguraría radicalmente el escenario político boliviano. En línea con las posiciones ya descritas, Marof no ahorró críticas a los términos de la paz y anticipó algunos de los debates de la posguerra:

No hay tal paz, lo que hay es CAPITULACIÓN. Bolivia de rodillas acepta todo, aceptará todo. Las condiciones son lamentables. [...] No hay tal paz. Hay agotamiento, cansancio, amotinamiento de las tropas que se niegan a combatir. El hambre, la miseria y la ineptitud de los Comandos han impuesto la paz. [...] Brasil ha levantado la mano cuando Estigarribia se dirigía al Oriente boliviano y la cancillería paraguaya soñaba con la independencia del rico departamento de Santa Cruz. Por el instante, Brasil presionado por su delicadísima situación interna no puede lanzarse a ninguna aventura guerrera. ¡Esta es la paz que se festeja con champaña, tedeums y oliendo a sangre y petróleo! ¡Hermosa paz de cuervos, hienas y empresarios! (Marof “La paz del Chaco” 12, mayúsculas en el original).

En síntesis, lo que buscaba el flamante POR con sus denuncias era que la crisis posbélica del Chaco no se difuminara como ocurriera en la posguerra del Pacífico en la década del ochenta del siglo anterior, ahora entre los “lirismos de la juventud ‘cobarde’ del 30” (Fernández “Dos actitudes” 17).

¹⁶ *La Voz del Interior* publicó varios artículos: “De la paz entre Paraguay y Bolivia se hablará hoy a nuestros escolares. Luego habrá asueto”; “Hoy es feriado provincial”; “Como cosa propia se celebró en Buenos Aires la paz en el Chaco”. Una concentración del estudiantado secundario en la Plaza Congreso derivó en un gran desfile hacia la casa de gobierno en la Plaza de Mayo para festejar la paz alcanzada.

En el tercer número de *América Libre*, Iván Keswar había procurado desmontar el “mito de las generaciones”. Allí escribió que “el mundo actual se divide, no entre ‘viejos’ y ‘jóvenes’ sino en clases: en explotados y explotadores, en burguesía y proletariado”. El mito de las generaciones sería, para Keswar, un nuevo ardid de las clases dominantes para permanecer en el poder luego de la contienda bélica, que sumergió al Estado oligárquico en una profunda crisis de legitimidad (además de la crisis política y económica), “e incluso –insistía– generar un ciclo de violencia fascista” (Keswar “Nueva patria” 22). Keswar y Marof también escribían en *Flecha*, donde destacaban el nuevo rol del POR y planteaban posiciones ambivalentes frente al naciente Partido Socialista que estaban creando en Bolivia intelectuales de izquierda y militares “socialistas”, al igual que ante la participación del POR en el Frente Único de Izquierdas lanzado por el PS y otras fuerzas. En un exceso de autoconfianza, Keswar coloca al aún muy débil POR como “guardián y vigía de la revolución”, a partir de su “recia teoría y una clara visión de la realidad nacional” (Keswar, “La post-guerra” 3). Era, por el momento, una lectura a la distancia de lo que ocurría en las tierras del altiplano.

En Bolivia, no obstante, la idea de la ruptura generacional tenía aún mucho para dar en términos de configuración de nuevos proyectos políticos. Incluso se extenderá al interior de las Fuerzas Armadas y de los ex combatientes del Chaco, un poderoso “movimiento social” con un rol clave en las reformas socializantes de la posguerra. La figura clave del periodo será Germán Busch, el héroe mítico de las trincheras chaqueñas, y símbolo de una nueva generación llamada a rejuvenecer la nación. Con 33 años llegó a la presidencia, en 1937, luego de derrocar a David Toro quien había iniciado el llamado “socialismo militar”, una novedosa experiencia política –continuada y “corregida” por el

propio Busch– en la que convivieron, no sin tensiones, desde ex combatientes filofascistas hasta obreros e intelectuales marxistas, pasando por socialistas moderados. A los 35 se suicidó mientras era Jefe del estado.

Entretanto, el posicionamiento de Marof del lado del antiestalinismo lo llevará a distanciarse violentamente del Partido Comunista, especialmente luego de apoyar públicamente el derecho al asilo para Trotsky en México en el Comité Pro-Exiliados, en medio de las fuertes presiones soviéticas para frustrarlo como ya lo habían hecho en varios países europeos, lo que llevó a Trotsky a hablar de “un planeta sin visado”. Estas posiciones generaron fuertes discusiones en el Comité de Ayuda al Pueblo Español (CAPE), que funcionaba en Córdoba y provocaron la ruptura definitiva con Bergmann, a quien Marof acusó de actuar como un provocador al servicio del partido comunista oficial por haber pedido un voto de desconfianza contra él al interior del CAPE. “La triste consigna del partido en las partes donde no puede fusilar ni encarcelar como en Rusia es difamar y calumniar a los hombres que no se acomodan a sus turbios designios. Ya no es, pues, la Internacional de la Revolución sino la Internacional de la Infamia” (Marof “Un caso de infamia” 61). No solamente el intelectual sucreño declaró su “posición irreductible contraria al estalinismo” sino que acusó a Stalin de ser el “tirano más feroz que ha conocido la historia, y ante el cual las atrocidades del zarismo son apenas un pálido reflejo” sentenciando que el gobierno de la URSS, por el camino que va, “es igual al de Hitler o Musolini” (*Idem*)¹⁷.

A modo de conclusión

¹⁷ Estas discusiones provocaron la salida de organizaciones socialistas y anarquistas del comité.

En las páginas precedentes hemos buscado reconstruir el movimiento contra la guerra del Chaco, con la convicción de que detenernos en las acciones desplegadas por la Internacional Comunista nos permite dar cuenta de un momento particular del comunismo internacional y latinoamericano: el llamado Tercer Periodo o “clase contra clase”. Se trata de un periodo fundacional, en la medida que fue a fines de la década del veinte y comienzo de la del treinta cuando Moscú decide “bolchevizar” a una serie de partidos que conservaban márgenes de libertad ideológica que el comunismo estalinista no estaba dispuesto a tolerar.

Se trató, sin duda, de acciones que tuvieron poco impacto en el interior de Bolivia, aunque el gobierno de Daniel Salamanca –y la prensa hegemónica– no dejaron de mencionar el “peligro comunista” latente en las diversas formas de resistencia a los reclutamientos por parte de indígenas y campesinos. Pero resulta innegable su importancia si revisamos las apuestas de los antibelicistas desde una mirada latinoamericana. Publicaciones como *América libre* y *Flecha* articularon redes personales e intelectuales, pusieron en circulación interpretaciones antisistémicas de la realidad latinoamericana y actualizaron el latinoamericanismo en clave antiguerrera. Posteriormente, experiencias como la fundación del POR serán retomadas en Bolivia, donde el trotskismo devino una fuerza con fuerte incidencia en la clase obrera. Pero además, el movimiento contra la guerra del Chaco fue una suerte de anticipo de los movimientos contra la guerra mundial que ya comenzaban a estructurarse. Para ello pusimos el foco no en los heroicos combatientes del Chaco sino en los “heroicos pacifistas” o “traidores” que se negaron a formar parte de la ola de chauvinismo que se apoderó de Bolivia y Paraguay.

En la historia que sigue a la guerra, la acusación contra quienes se negaron a combatir y levantaron las banderas de la “guerra a la guerra” fue selectivamente utilizada por los socialistas nacionalistas para descalificar a sus contrincantes izquierdistas. La heroicidad en la “guerra estúpida” cotizó más que el pacifismo cosmopolita en la nueva Bolivia donde la guerra fue presentada como una suerte de depuración nacional y como la clave de bóveda del resurgimiento a partir de un pacto de sangre en las trincheras. Busch sostendría entonces que la espada debe ser en la postguerra el baluarte del pueblo indefenso contra los intereses creados que no lo dejan vivir y los ex combatientes los garantes de las transformaciones que debían permitir, a la postre, el ansiado equilibrio entre el capital y el trabajo. Lo que en la época fue bautizado como “socialismo de Estado”.

Bibliografía

“A los trabajadores de Bolivia y Paraguay. A los proletarios de América Latina”, *El Trabajador Latinoamericano*, N° 6-7, 30 de noviembre al 15 de diciembre de 1928.

“Alcanzó destacadas proporciones el mitín antiguerrero celebrado ayer”, *La Voz del Interior*, 6 de mayo de 1935.

Álvarez, Waldo. *Memorias del primer ministro obrero*. La Paz: Imprenta y librería “Renovación”, 1986.

Bajo la Bandera de la C.S.L.A., Resoluciones y documentos del Congreso Constituyente de la C.S.L.A., Montevideo, 1929.

“Bajo la bandera del Congreso Antigüerrero de Montevideo”, *La Internacional. Órgano del Partido Comunista Argentino*, 13 de abril de 1933.

Bergel, Martín. “*Flecha*, o las animosas obsesiones de Deodoro Roca”, prefacio a *Deodoro Roca. Obra Reunida. Tomo IV. Escritos Políticos*. Córdoba: Editorial de la Universidad de Córdoba, 2012. XXIII-LXIX

Brockman S., Robert. *El general y sus presidentes. Vida y tiempos de Hans Kundt, Ernst Rhöm y siete presidentes de Bolivia, 1911-1939*. La Paz: Plural, 2009.

Buró Sudamericano: “Las tareas actuales de los P.C. de la América Latina”. Tesis política. *Correspondencia Sudamericana*, segunda época, 25 de junio de 1930.

----. “Las tareas de los partidos comunistas latino-americanos en el frente ideológico”. *La lucha por el leninismo en América Latina*, Buenos Aires: Bureau Sud-americano de la Internacional Comunista, 1932.

----. *Por un Viraje Decisivo en el Trabajo Campesino (Carta del Buró Sudamericano de la I.C. a los Partidos Comunistas de Sudamérica)*. Montevideo: editorial “Sud América”, 1933.

Caballero, Manuel. *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*. Caracas: Nueva Sociedad, 1987.

Carta del Gral. Raimundo González Flor al Presidente de la República, Hernando Siles, 30 de agosto de 1927 (ABNB, Presidencia de la República, Correspondencia 1927, PR 012, vol. 12.).

Céspedes, Augusto. *Crónicas heroicas de una guerra estúpida*. 1975. La Paz: Librería editorial “G.U.M”, 2010.

Codovilla, Victorio. *¿Qué es el Tercer Período?*. Montevideo: Editorial “Justicia”, s/n.

“Como cosa propia se celebró en Buenos Aires la paz en el Chaco”, *La Voz del Interior*, 13/6/1935.

“De la paz entre Paraguay y Bolivia se hablará hoy a nuestros escolares. Luego habrá asueto”, *La Voz del Interior*, 12 de junio de 1935.

“Desde los umbrales del Congreso Anti-Güerrero latinoamericano”, *Boletín del Comité Organizador del Congreso Anti-Güerrero Latinoamericano*, N°4, marzo de 1933.

“El congreso antigüerrero de Montevideo y la Liga Comunista”, febrero de 1933. (Folleto consultado en el CeDInCI).

El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana. Buenos Aires: Correspondencia Sudamericana, 1929.

Fernández, M. “Dos actitudes”, *América Libre* N° 2, Córdoba, julio de 1935.

Ferreira de Cassone, Florencia. *Claridad y el internacionalismo americano.* Buenos Aires: editorial Claridad, 1998.

“Fracaso del congreso antiguerrero. Razones del retiro de cuarenta y cinco delegaciones” s/f. (folleto consultado en el archivo del CeDInCI).

Guevara, Gustavo. “‘Intelectuales, prensa y guerra’ en el discurso de los intelectuales críticos de la Guerra del Chaco”, en Guevara, Gustavo y Juan Luis Hernández (comp.). *La guerra como filigrana de la América latina contemporánea.* Buenos Aires: editorial Dunken, 2004.

Hernández, Juan Luis. “Debates sobre la Guerra del Chaco. Anarquistas y comunistas, *Nervio y Correspondencia Sudamericana*”, ponencia presentada en las Jornadas “Prensa política, revistas culturales y emprendimientos editoriales de las izquierdas latinoamericanas”, Mesa 5: Del antifascismo a la guerra fría: prensa política y revistas latinoamericanas de los ‘30 y ‘40. CeDInCI, Buenos Aires, 14, 15 y 16 de noviembre de 2007. Web. 26 de enero de 2014.

“Hoy es feriado provincial. En homenaje a la firma del tratado de paz”, *La Voz del Interior*, 13 de junio de 1935.

Hylton, Forrest. “Tierra común: caciques, artesanos e intelectuales radicales y la rebelión de Chayanta”. Hylton *et al.* *Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de la insurgencia indígena.* La Paz: Muela del Diablo, 2003. 134-198.

Jeifets Lazar, Víctor Jeifets y Peter Huber, *La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario Biográfico.* Ginebra: Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias (Moscú) e Institut pour l’histoire du communisme, 2004.

Keswar, Iván. “‘Nueva Patria’. Nuevas ideas! Contra el ‘mito de las Generaciones’”. *América Libre* N° 3, agosto-septiembre de 1935.

----. “La post-guerra”. *Flecha*, año 2, N° 12, 16 de mayo de 1936.

Kohan, Néstor. *Deodoro Roca, el hereje.* Buenos Aires: Biblos, 1999.

Lora, Guillermo. *José Aguirre Gainsborg.* La Paz: Masas, 1960. Web. 20 de marzo de 2012.

Lorini, Irma. *El movimiento socialista “embrionario” en Bolivia 1920-1939*. La Paz: Los amigos del libro, 1994.

“Los del ‘18 se lanzan de nuevo a la pelea”. *América Libre*, Nº 1, junio de 1935.

“Los problemas de la guerra en América Latina y el Congreso Anti-Guerrero de Montevideo”, Boletín del Comité Organizador del Congreso Antigüerrero latinoamericano, Nº1, 15 de diciembre de 1932.

Losovsky, Alexandr. *El Movimiento Sindical Latino Americano (Sus virtudes y sus defectos)*. Ediciones del Comité Pro Conferencia Sindical Latino Americana, marzo de 1929.

Marof, Tristán. “Nuestra revista”. *América Libre*, Nº1, junio de 1935.

----. “La Paz del Chaco”. *América Libre*, Nº 2, julio de 1935.

----. “Un caso de infamia”. *Claridad*, Nº 311, marzo de 1937.

Martinez, Françoise. “La peur blanche : un moteur de la politique éducative libérale (1899-1920)”, Lima: *Bulletin de l'Institut Francais d'Études Andines*, tomo 27, Nº 2, 1998. 265-283.

Mejillones Quispe, Guillermo. “La amenaza del comunismo y la Guerra del Chaco”. XXIV Reunión Anual de Etnología, RAE, 2010, La Paz, Museo Nacional de Etnografía y Folklore (Musef). Web. 10 de noviembre de 2012.

“Por un grande Congreso Antigüerrero latino-americano!”. *La Internacional. Órgano del Partido Comunista Argentino*, 7 de noviembre de 1932.

Portantiero, Juan Carlos. *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*. México: Siglo XXI, 1978.

“Posibilidades para una lucha de masas contra la guerra en América Latina”. *Boletín del Comité Organizador del Congreso Anti-Guerrero Latinoamericano*, Nº 1, 15 de diciembre de 1932.

“Preparativos para la realización del Congreso Antigüerrero latinoamericano”. *Boletín del Comité Organizador del Congreso Antigüerrero latinoamericano*, Nº 1, 15 de diciembre de 1932.

“Revisando posiciones. La postura de la pequeño burguesía frente al peligro de una guerra boliviano-paraguaya”. *Correspondencia Sudamericana*, Nº 8, segunda época, 30 de enero de 1929.

- Roca, Deodoro. “¡Por la paz en América! A los intelectuales, obreros, estudiantes y maestros de Latinoamérica”. *El difícil tiempo nuevo*. Córdoba: Lautaro, 1956.
- . “Los anglo-argentinos en el Chaco norteamericano”. *El difícil tiempo nuevo*. Córdoba: Lautaro, 1956.
- Schelchkov, Andrey. “El laberinto boliviano de experimentación social: el régimen del ‘socialismo de estado’”, 1936-1939. Moscú: mimeo. (Hay edición rusa publicada: *Щелчков А.А. Режим «государственного социализма» в Боливии. 1936 – 1939 гг. М.: ИВИ РАН, 2001*).
- . “En los umbrales del socialismo boliviano: Tristán Marof y la Tercera Internacional Comunista”. *Izquierdas*, Santiago de Chile, año 3, N°5, 2009. Web 10 de diciembre de 2012.
- Stalin, Iósif. “Sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo. Carta enviada por el compañero Stalin a la redacción de la revista ‘La Revolución Proletaria’”. *La lucha por el leninismo en América Latina*, Buenos Aires: Bureau Sud-americano de la Internacional Comunista, 1932.
- Tarcus, Horacio. *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 2001.
- Terán, Oscar. *Aníbal Ponce: ¿el marxismo sin nación?*. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente, 1983.
- . *Discutir Mariátegui*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla, 1985.
- Topasso, Hernán. *Tristán Marof o el enigma de América Latina (1915-1920)*. Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2007.
- Torrez, Yuri F. *El indio en la prensa. Representación racial en la prensa boliviana con respecto a los levantamientos/campesinos (1899-2003)*. La Paz: Centro Cuarto Intermedio, 2010.